





# 4

CUADERNOS  

---

CULTURALES



# **El hombre que sembraba árboles\***

---

JEAN GIONO

2.<sup>a</sup> ed.

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
Decanatura Cultural

\*Traducción-versión al español de  
Clara Mercedes Arango  
Coordinadora general de la Decanatura Cultural  
Docente, Lenguaje escrito  
Facultad de Comunicación Social-Periodismo  
Universidad Externado de Colombia

© 2013, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá  
Tel. (57 1) 342 0288  
[www.uexternado.edu.co](http://www.uexternado.edu.co)  
[publicaciones@uexternado.edu.co](mailto:publicaciones@uexternado.edu.co)

ISSN 2145 9827

Primera edición: diciembre de 2013  
Segunda edición: octubre de 2015

Diseño de cubierta:  
Departamento de Publicaciones  
Ilustración: David Alba Salazar  
Composición: Marco Robayo  
Impresión y encuadernación:  
Digiprint Editores EU  
Tiraje de 1 a 2.000 ejemplares

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

CUADERNOS CULTURALES N.º 4

UNIVERSIDAD  
EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao  
*Rector*

Miguel Méndez Camacho  
*Decano Cultural*





*En homenaje a la memoria del  
maestro Fernando Hinestrosa y en  
agradecimiento a la complicidad del  
doctor Carlos Restrepo Piedrabita,  
jardineros mayores.*



## LA PASIÓN POR LOS ÁRBOLES

Elzéard Bouffier, el hombre que sembraba árboles, era un humilde pastor de 55 años, tal vez analfabeta, pero sensible y solidario, cuyo patrimonio consistía en las 30 ovejas de su rebaño y el perro que le ayudaba a cuidarlas. Y eso fue suficiente para alcanzar la riqueza de dar a otros la alegría de vivir en el bosque y que no se resignaran a sobrevivir en un potrero escarpado y sin sombra. Era un ermitaño alto, delgado y silencioso, pero ni frágil ni enfermizo, sino saludable y entusiasta, con la disciplina y la tenacidad indispensables para cumplir la tarea que se impuso de sembrar de verde un inmenso erial empinado y pedregoso. Ese esfuerzo descomunal fue su particular manera de combatir la soledad y la tristeza por la pérdida de su hijo y de su mujer, la única familia que tenía. Por eso decidió compartir su amable tarea de cuidador de ovejas con el exigente ejercicio de agricultor y jardinero, para no recordar sus desventuras.

La descripción de Elzéard Bouffier es el convincente retrato de un anacoreta de bajo perfil que no tiene la vanidad de figurar y menos de esperar distinciones o reconocimientos. Un campesino modesto, austero, imperturbable, que no pare-

ciera darse cuenta de estar empeñado en la epopeya personal de construir un bosque en las montañas, para que el paisaje dejara de ser monótono, áspero y marrón y fuera un tapete vegetal, con algarabía de pájaros, alboroto de árboles con vientos contagiados de lluvias, que formaran lagunas, que se adelgazaran en quebradas y terminaran en ríos que van al mar.

A este obstinado sembrador-jardinero lo convierte Jean Giono en un personaje inolvidable que mereciera haber vivido y ser amigo nuestro; por convertir su desamparo en disciplina y su tristeza en generosidad, al cumplir con la tarea de sembrar miles de hectáreas en la inmensa región de los Alpes a Provenza, durante muchos años, en los que no logró enterarse de que habían ocurrido dos guerras mundiales.

Elzéard Bouffier es el emblema del esfuerzo de muchas generaciones de personas que, al cumplir el propósito de distintos países y gobiernos, decidieron reforestar la desolada Europa que dejaron los caprichos de la naturaleza y las veleidades de los gobiernos enfrentados en conflagraciones.

En una escala más pequeña y humana, nosotros tuvimos un Elzéard Bouffier, liderando el combate con la naturaleza, para lograr que el predio La Isabela, que compró con su padre, don Ricardo, en 1960, dejara de caerse y se estuviera quieto, para sembrar en él los árboles que amarraran el cerro y creciera el Externado de Colombia, con sus edificios, el bosque y los jardines que conforman el bello campus de nuestra casa de estudios. Nuestro personaje no era pastor ni jardinero, sino un humanista perseverante que terminó ganando el desafío y logró convertir un erial en un jardín donde crecieran estu-

diantes. En esta difícil tarea, el maestro Fernando Hinestrosa contó con la colaboración de otro académico, el doctor Carlos Restrepo Piedrahita.

En homenaje a la memoria del maestro Fernando Hinestrosa, a cuatro años de su fallecimiento, y en agradecimiento a la complicidad del doctor Carlos Restrepo Piedrahita, jardineros mayores, se reedita este Cuaderno Cultural n.º 4, *El hombre que sembraba árboles*. Que testimonia también la silenciosa, discreta y amorosa labor de la compañera de toda la vida del rector, doña Consuelo Rey de Hinestrosa.

Miguel Méndez Camacho



El relato de Jean Giono *El hombre que sembraba árboles* fue escrito en 1953 y es poco conocido en Francia, pero salió del anonimato con la historia que ha sido difundida ampliamente en el mundo entero y traducida a varias lenguas. La admiración que suscitó este libro surgió de las preguntas que se hicieron sus lectores acerca del personaje *Elzéard Bouffier* y sobre los bosques de *Vergons*. *El hombre que sembraba árboles* es producto de la imaginación del autor y del enorme esfuerzo de reforestación realizado, a partir de 1880, en la zona donde ocurre la historia. Cien mil hectáreas fueron reforestadas antes de la Primera Guerra Mundial, principalmente con pino negro de Austria y árboles de Alerce o *Larix* de Europa. Hoy, estos bellos bosques han transformado no sólo el paisaje, sino el régimen de conservación de las aguas de la región.

El siguiente texto es una carta que Jean Giono escribió en 1957 al director del Departamento de Aguas y Bosques de Digne, en Francia, señor Valderyon, sobre este relato, que bien puede servirle de preámbulo.



Estimado señor:

Siento mucho decepcionarlo, pero Elzéard Bouffier es producto de mi imaginación. El objetivo de esta historia era para que los lectores admiraran los árboles o, más exactamente, aprendieran a respetarlos, pero sobre todo, que se interesaran en su siembra, como lo he deseado siempre. Por el impacto que ha tenido el libro a lo largo de estos años se logró lo que pretendía: transmitir a través de Elzéard Bouffier, personaje inventado, la pasión por los árboles. El texto que usted leyó en "Trees and life" ha sido traducido al danés, finlandés, sueco, noruego, inglés, alemán, ruso, checo, húngaro, español, italiano, yddish y polaco. He cedido los derechos de autor sobre todas sus reproducciones, incluso recientemente un norteamericano me buscó para solicitarme la autorización de hacer un tiraje de cien mil ejemplares (100.000), para ser distribuidos de forma gratuita en EE.UU., a lo que naturalmente no me negué. La Universidad de Zagreb ha hecho una traducción al yugoslavo. Es uno de mis textos del cual me siento más orgulloso y complacido. No me aporta ningún beneficio económico, pero cumple entrañablemente con el objetivo para el que lo escribí.

Me gustaría reunirme con usted para hablar de la utilización práctica de este libro. Considero que es tiempo de que se haga “una política del árbol”, aunque la palabra política esté tan desprestigiada.

Cordialmente,  
Jean Giono

## EL HOMBRE QUE SEMBRABA ÁRBOLES

*Para que la personalidad de un ser humano nos deje apreciar su condición excepcional se necesita tener el privilegio de observarlo en su accionar cotidiano, durante muchos años. Si sus acciones no son egoístas ni mezquinas y es guiado por su generosidad sin esperar recompensa distinta a la gratitud, y de herencia nos deja el valor del esfuerzo, la tenacidad y la perseverancia, significa que estamos ante un personaje inolvidable.*

Hace aproximadamente cuarenta años estuve en una larga excursión por una zona de gran altitud, desconocida para los turistas, con desiertos y planicies abandonadas, a 1.200 o 1.300 metros de altura, con un paisaje monótono de lavandas silvestres, en la antigua región que va de los Alpes a Provenza<sup>1</sup>. Y cuando atravesaba el país en su parte más ancha, a tres días de marcha, me encontré en una soledad deprimente. Acampaba en las posibles ruinas de una ciudad desaparecida y cuando descubrí que era escasa el agua que

1 Zona que limita al sureste, y al sur con el curso medio del río Durance, entre Sisteron y Mirabeau; al norte, con el curso superior de río Drôme, desde su nacimiento hasta Die; al oeste, con las planicies de Comtat Venaissin y el pie del monte de Mont-Ventoux. Región que comprende toda la parte norte del Departamento de Basses - Alpes, el sur del Drôme y un pequeño enclave de Vaucluse.

tenía, empecé a buscar más y me sentí afortunado de estar frente a algo parecido a una fuente o un pozo, en la vecindad de casas derruidas y hacinadas como nidos de avispas. Cuando me acerqué, la fuente estaba allí, pero seca. Esas cinco o seis casas de piedra, sin techos, carcomidas por la lluvia y el viento, levantadas cerca de una pequeña capilla sin campanario, daban la sensación de un pueblo habitado alguna vez, pero ahora, definitivamente, abandonado.

El viento soplaba rabioso y rugía con tal fuerza, golpeando las carcasas de las ruinas, que a pesar de ser un bello día de verano del mes de junio, a pleno sol, en esas tierras sin abrigo y a esas alturas en el cielo, ese alarido del viento se parecía más al de una bestia defendiendo su presa, que a una previsible ventisca de estación. Como no había podido encontrar agua ni tenía la esperanza de hacerlo, tuve que abandonar el campamento. Durante más de cinco horas de marcha por donde miraba no encontraba sino la misma aridez, las mismas hierbas secas, que producían desolación. Por un instante, a lo lejos, me pareció percibir una pequeña silueta negra, de pie. Pensé que se trataba de la sombra de un árbol solitario, me acerqué y era un pastor y su rebaño, de unas treinta ovejas, que reposaban a su lado sobre la tierra ardiente.

El pastor me dio agua de su cantimplora. La recogía—excelente, por cierto— de un pozo natural muy profundo, donde él había instalado una polea primitiva. Este hombre hablaba poco, costumbre de solitarios, parecía seguro de sí mismo, generoso, convencido de su comportamiento. Era insólito pensar en un ser así en este paisaje olvidado y desprovisto de todo. En silencio, me llevó a su refugio, en una de las ondulaciones de la

*Este hombre hablaba poco, costumbre de solitarios, parecía seguro de sí mismo, generoso, convencido de su comportamiento. Era insólito pensar en un ser así en este paisaje olvidado y desprovisto de todo*



meseta. No era una cabaña sino una casa de piedra, recuperada y restaurada de las viejas ruinas que seguramente encontró. Tenía un techo sólido e impermeable, que cuando el viento golpeaba sus tejas recreaba un sonido como el del oleaje en la playa. En el interior de su casa todo estaba en orden, sus enseres, su vajilla lavada, el piso barrido, su rifle engrasado y en el fuego, alegremente, hervía su sopa. Supe que el pastor era pulcro, parecía como recién afeitado, con los botones bien cosidos a su ropa, tan cuidadosamente remendada que los parches parecían invisibles. Compartió conmigo su sopa y después de cenar le ofrecí tabaco de mi petaca y amablemente respondió que no fumaba. A su lado, continuaba sentado su perro, independiente y silencioso como él.

Como era tarde, supuse que pasaría la noche ahí. La población más cercana se hallaba a más de un día y medio de camino y había tenido la oportunidad de percibir el extraño carácter de sus pobladores, que por cierto, no era ni amable ni hospitalario. Había cuatro o cinco poblados dispersos, lejos los unos de los otros, ubicados sobre las laderas de esas montañas, entre matorrales de robles blancos, en los extremos de caminos propios para cabalgaduras. Aldeas habitadas por leñadores que utilizaban la madera como carbón. Allí se vivía mal, al

borde de la exasperación y la miseria. Familias resignadas a un ambiente hostil, hacinadas bajo un clima inclemente en verano y en invierno. Estaban presos de las circunstancias, pero deseosos de escapar. Las mujeres cocinaban a fuego lento sus rencores. Y la competencia no era sólo por la venta de carbón, que los hombres llevaban en camiones al pueblo, sino por conseguir un banco para ir a la iglesia, donde podían mostrarse virtuosos siendo insolidarios y egoístas. Más allá de estas hipocresías, el viento sin descanso alteraba los nervios, produciendo epidemias de suicidios y numerosos casos de locura, casi siempre fatales.

El pastor fue a buscar una bolsa de bellotas que vació sobre la mesa formando una pila. Muy concentrado, las examinó una a una, separando las buenas de las malas. Yo fumaba mi pipa y me ofrecí a ayudarlo. Él me respondió que esto era asunto suyo. Observando la devoción y cuidado que ponía en su trabajo, decidí no insistir. Esa fue nuestra única conversación de la noche. Cuando hubo escogido una cantidad de bellotas o semillas de roble grandes, las separó en montones de diez. Las observaba con gran cuidado y eliminaba las muy pequeñas o agrietadas. Al completar cien bellotas en perfecto estado, dio por concluida su labor y nos fuimos a dormir.



*Las mujeres cocinaban a fuego lento sus rencores. Y la competencia no era sólo por la venta de carbón, que los hombres llevaban en camiones al pueblo, sino por conseguir un banco para ir a la iglesia, donde podían mostrarse virtuosos siendo insolidarios y egoístas.*

*Sembraba árboles de roble. Le pregunté si esa tierra le pertenecía. Me respondió que no. —¿Sabía de quién era? —No lo sabía—. Imaginaba que eran tierras comunales, o de propietarios desinteresados. Le era indiferente saber o conocer quiénes eran sus dueños. Su misión era sembrar cien bellotas por día con dedicación y esmero.*



La serenidad de este hombre infundía paz. Al día siguiente le solicité quedarme a descansar durante el día en su casa. Le pareció natural, o mejor aún, me dio la impresión de que nada podría fastidiarle. El descanso no me era necesario, pero estaba intrigado: quería saber más acerca del personaje. Sacó el rebaño de ovejas y las llevó a pastar. Antes de salir metió en una cubeta con agua la bolsa donde había guardado las bellotas minuciosamente contadas y seleccionadas.

Me di cuenta de que en vez de un bastón llevaba una varilla de hierro, gruesa como un dedo pulgar y de un metro con cincuenta de larga. Simulé descansar mientras paseaba siguiendo una ruta paralela a la suya. Dejó el rebaño al cuidado del perro, pastando en un pequeño valle, y subió hacia donde me encontraba mirándolo. Creí que iba a reprochar mi indiscreción. Me equivoqué, ése era su camino. Me invitó a acompañarlo, si no tenía nada mejor qué hacer. Debía subir al terreno de siembra, doscientos metros más arriba.

Cuando llegó al lugar elegido, comenzó a hacer con la barra de hierro agujeros en la tierra, donde metía las bellotas y las recubría. Sembraba árboles de roble. Le pregunté si esa tierra le pertenecía. Me respondió que no. —¿Sabía de quién

*Se llamaba Elzéard Bouffier. Había tenido una granja en la sabana, donde había vivido la mayor parte de su vida. Había perdido a su único hijo y luego a su mujer. Se había retirado en búsqueda de la soledad y disfrutaba vivir en paz con sus ovejas y su perro.*



era? –No lo sabía–. Imaginaba que eran tierras comunales, o de propietarios desinteresados. Le era indiferente saber o conocer quiénes eran sus dueños. Su misión era sembrar cien bellotas por día con dedicación y esmero.

Después del almuerzo, comenzó una vez más a seleccionar semillas. Insistí tanto con mis preguntas que las respondió. Hacía tres años que plantaba árboles en esa soledad. Había ya sembrado cien mil. De esos cien mil, veinte mil habían germinado. De esos veinte mil, creía perder todavía la mitad, por culpa de los roedores, del clima o por cosas impredecibles del destino o de la Divina Providencia. Al final, quedarían diez mil robles que crecerían donde antes había un erial.

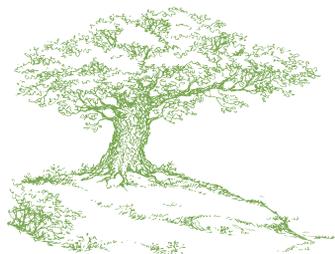
Mirándolo hablar, me intrigó la edad que podría tener. Eran más de cincuenta años. Cincuenta y cinco, me confirmó él. Se llamaba Elzéard Bouffier. Había tenido una granja en la sabana, donde había vivido la mayor parte de su vida. Había perdido a su único hijo y luego a su mujer. Se había retirado en búsqueda de la soledad y disfrutaba vivir en paz con sus ovejas y su perro. Se había dado cuenta de que ese país se deterioraba y moría por falta de árboles, y no teniendo nada más qué hacer, decidió intervenir y tratar de mejorar la situación.

Yo era joven, y a pesar de mi juventud, llevaba una vida solitaria como la de él, y había aprendido a acercarme con respeto a esta clase de hombres solitarios. Pero, cometí un error. Fue ese espíritu aventurero el que me impulsó a creer que tenía la fórmula para la felicidad y me atreví a hacer un descortés comentario sobre lo que sería la siembra de estos robles 30 años después. Bouffier, respondió con sencillez: *Si Dios lo tenía con vida, en treinta años, habría plantado tantos robles que esos diez mil tan sólo serían como una gota de agua en el mar.*

Este solitario pastor pensaba sembrar árboles de haya, y para esto había montado cerca de su casa un vivero con hayucos que crecían naturalmente, protegidos de sus ovejas por un alambrado. También creía que los abedules era mejor sembrarlos en las partes bajas de los valles, donde había descubierto una cierta humedad a pocos metros de la superficie del suelo, que favorecería su crecimiento.

Al día siguiente nos separamos.

La guerra de 1914, en la que me enrolé como soldado de infantería durante cinco años, comenzó un año después de nuestro encuentro. Para un militar los árboles no eran tan



*Me atreví a hacer un descortés comentario sobre lo que sería la siembra de estos robles 30 años después. Bouffier, respondió con sencillez: Si Dios lo tenía con vida, en treinta años, habría plantado tantos robles, que esos diez mil, tan sólo serían, como una gota de agua en el mar.*

importantes como lo era la guerra, y vanidoso pensé que la experiencia vivida con ese hombre en las montañas no había sido fundamental para mí. Supuse que era un capricho de juventud, como coleccionar amuletos o estampillas y olvidarlo después.

Terminada la guerra, recibí una prima de desmovilización y quise tomar un descanso en el campo para respirar aire puro y reencontrarme con la naturaleza. Recordé aquellas tierras desérticas y emprendí viaje hacia ellas. La región no había cambiado. Pero, más allá de ese pueblo abandonado, alcanzaba a lo lejos a divisar una cortina de neblina grisácea que cubría las alturas de las colinas como si fuera un tapete. Desde la víspera había comenzado a pensar lo que habría sido de aquel pastor sembrador de árboles. Y reflexionaba: “¡Diez mil robles plantados eran una inmensidad!”.

Durante esos cinco años en guerra vi morir a mucha gente, fueron tantos que jamás imaginé que Elzéard Bouffier siguiera vivo; y a pesar de la arrogante creencia de la juventud de que los hombres de cincuenta para arriba son ancianos a quienes solo les espera la muerte, Elzéard Bouffier estaba más vivo que nunca, pero había cambiado de oficio. Tenía un centenar de colmenas y había dejado solo cuatro ovejas de las 30, porque ponían en peligro el crecimiento de sus árboles. Bouffier me confesó (y yo lo constaté) que la guerra no lo había preocupado en absoluto, porque ni siquiera se había dado cuenta de que había ocurrido una; él había continuado imperturbable la siembra de sus árboles.

Los robles de 1910 tenían 10 años y eran más altos que yo y que el mismo Bouffier. Verlos era un espectáculo emocio-

*Bouffier me confesó (y yo lo constaté) que la guerra no lo había preocupado en absoluto, porque ni siquiera, se había dado cuenta que había ocurrido una, él había continuado imperturbable la siembra de sus árboles.*



nante. La belleza de los árboles me había conmovido hasta las lágrimas, pero como Bouffier no hablaba, pasamos todo el día contemplándolos en silencio. Los árboles los había dividido en surcos de tres, para los once kilómetros de largo y los tres kilómetros en la parte más ancha del terreno. Para mí era un milagro y un privilegio admirar la transformación de esas tierras y el surgimiento de ese bosque. Pensaba en la grandeza del ser tan elemental con alma de solitario —que sin ayuda de ninguna tecnología—, sólo con sus manos y el amor por la tierra, había podido hacer surgir de la nada un bosque. Y comprendí que los hombres pueden llegar a ser tan eficaces como Dios, en asuntos diferentes a la destrucción.

Y Bouffier lo había logrado. Ahora el bosque también tenía árboles de haya que alcanzaban la altura de mis hombros y se extendían tan lejos en la distancia que mis ojos no podían diferenciarlos. Los robles se habían vuelto fuertes y frondosos, habían sobrevivido a los roedores. Y en cuanto a los designios de la Divina Providencia, si se trataba de arrasar esta obra sin precedentes, se necesitaría de la fuerza devastadora de huracanes y ciclones. Elzéard Bouffier me mostró sus jóvenes y hermosas arboledas de abedules creciendo vigorosas con cinco años de plantadas, eran de 1915, cuando combatía en Verdun, pensé. Las había sembrado en las partes bajas del

valle, donde había sospechado, con justa razón, que había humedad a pocos metros de la superficie del suelo. Eran tan delicados y bellos como jóvenes y entusiastas adolescentes. La creación se mostraba como si operara en cadena. Él no se preocupaba por nada y continuaba obstinadamente su labor, así de simple. Bajando hacia el poblado, vi correr agua en los arroyos. Era la más extraordinaria reacción de la naturaleza de la que podía ser testigo. Estos arroyos, que en mi memoria y en la de los hombres de la región, habían estado siempre secos, ahora fluían airosos.

Algunos de estos desamparados caseríos, a los que me había referido al inicio de mi relato, habían sido levantados sobre antiguas ciudades galo-romanas, cuyos vestigios aún podían verse y eran motivo de estudio de arqueólogos, que excavando habían encontrado anzuelos de pesca, comprobando que en épocas antiguas el agua corría libremente y en tiempos más recientes eran los aljibes los depósitos que la resguardaban.

Maravillado viendo el paisaje, confirmaba que el viento polinizador y las abejas esparcían semillas en el aire, al tiempo que



*Pensaba en la grandeza del ser tan elemental con alma de solitario —que sin ayuda de ninguna tecnología— sólo con sus manos y el amor por la tierra, había podido hacer surgir de la nada, un bosque. Y comprendí que los hombres pueden llegar a ser tan eficaces como Dios, en asuntos diferentes a la destrucción.*

el agua comenzaba a brotar, aparecieron arboledas de sauces, de mimbres, enredaderas, jardines y flores que perfumaban y embellecían el ambiente e invitaban a los espectadores a querer compartir ese hálito de vida. Este cambio había sido tan sutil, que ni siquiera los cazadores que perseguían liebres o jabalíes en aquella soledad de las montañas, se habían percatado del bosque. Habían visto germinar pequeños árboles, pero lo atribuían a procesos normales de la naturaleza. Ignoraban la grandeza y generosidad del trabajo de este hombre. Lo respetaban y admiraban sin conocerlo, si hubieran sospechado de su existencia, Bouffier se habría incomodado, porque prefería mantenerse con bajo perfil sin que nadie sospechara de su protagonismo. La fama le era indiferente a este pastor insoportable. ¿Quién hubiese podido imaginar en esos poblados tal grado de perseverancia y de desprendimiento en un pastor que no quería trascender más allá de su oficio?

A partir de 1920 fui cada año a visitar a Elzéard Bouffier. Nunca lo vi dudar ni desfallecer. Sólo Dios sabe las dificultades por las que tuvo que pasar, venciendo tantas adversidades y luchando contra la desesperación para asegurar sus ideales. Ver morir diez mil árboles de arce que había plantado durante todo un año y no sucumbir, es, sin duda, valeroso, pero sobre todo, una virtud del que persevera. Su obsesión era proteger y asegurar la continuidad de esta obra sublime, que había emprendido años atrás. Si los arces no sobrevivían en esta región, Bouffier no dudaba en recomenzar con la plantación de hayas, que lograron crecer sanos y con mejor esplendor que los robles. Para acercarnos aún más a este personaje de carácter excepcional y tener una mejor idea de lo que representaba, no debemos olvidar que vivía en total soledad, tanto que al

final de sus días perdió la costumbre de hablar. O quizá, ¿no tendría la necesidad de hacerlo?

En 1933, recibió la visita de un torpe funcionario de la guardia forestal, que posando de autoritario le ordenó no utilizar el fuego por el peligro de incendiar la arboleda, porque según él, las llamas pondrían en riesgo el crecimiento de ese “bosque natural”, que por primera vez, habían visto crecer de manera espontánea. En ese momento, Bouffier pensaba sembrar hayas a doce kilómetros de su casa; quería construir una cabaña de piedra, en el mismo lugar donde plantaría los árboles de haya, así evitaría el trayecto de ida y regreso —era ya un anciano de setenta y cinco años de edad—. Lo que efectivamente hizo al año siguiente.

En 1935 una verdadera delegación administrativa vino a observar “el bosque natural.” Un representante de prestigio del Ministerio de Aguas y Bosques, un diputado y varios técnicos. Hablaron insensateces. Decidieron hacer algo y, afortunadamente, no hicieron nada, salvo poner el bosque bajo el cuidado del Estado, y prohibir la tala de árboles para fabricar carbón. Era imposible no deslumbrarse ante la belleza de estas arboledas en pleno crecimiento, incluso sedujeron al mismo diputado. Yo tenía un amigo entre los supervisores del Departamento Forestal que hacía parte de la delegación. Le expliqué el misterio. A la semana siguiente fuimos los dos en búsqueda de Elzéard Bouffier. Lo encontramos plantando a veinte kilómetros del lugar donde habían realizado la inspección. Este supervisor forestal no era gratuitamente amigo mío, me acerqué a él porque supe que conocía el valor de la cosas, y sabría quedarse en silencio. Compartimos los

alimentos y dividimos en tres el refrigerio. Les ofrecí algunos huevos que había llevado como merienda. Y las horas se nos fueron volando en la contemplación silenciosa del paisaje.

La ladera por donde habíamos llegado estaba poblada de árboles de seis a siete metros de altura. Recordaba el desierto que era esa montaña en 1913. El trabajo reposado y metódico, el aire lleno de vitalidad en esas alturas, la frugalidad, pero sobre todo, la serenidad de alma le habían dado a este anciano una vida casi solemne. Era un mensajero de Dios. Me preguntaba cuántas hectáreas más iría a sembrar de árboles este pastor.

Antes de irnos, mi amigo hizo una sencilla sugerencia sobre algunas especies de árboles propicias a las condiciones del terreno. Pero, no insistió más. “Por una buena razón —me aclaró después—, este buen hombre sabe mucho más que yo.” Una hora más tarde de camino, con la idea dándole vueltas en la cabeza, agregó: “Él sabe mucho más que todo el mundo. ¡Supo encontrarle sentido a la vida y hallar la

*La ladera por donde habíamos llegado estaba poblada de árboles de seis a siete metros de altura. Recordaba el desierto que era esa montaña en 1913. El trabajo reposado y metódico, el aire lleno de vitalidad en esas alturas, la frugalidad, pero sobre todo, la serenidad de alma, le habían dado a este anciano, una vida casi solemne. Era un mensajero de Dios.*



felicidad!”. Gracias a este supervisor forestal, no solamente, el bosque, sino la tranquilidad de este buen hombre fueron resguardados. Nombró a tres guardabosques para la protección del territorio, a quienes convenció de ser insobornables ante cualquier colono o talador de árboles que pretendiera corromperlos.

Estos bosques no corrieron peligro; sólo durante la guerra de 1939 cuando los motores de los automóviles funcionaban con gas combustible extraído de la madera, la cual nunca era suficiente. Habían comenzado a talar algunos de los robles de las parcelas de 1910, pero se encontraban tan alejadas de las rutas, que la explotación de madera fracasó económicamente. El pastor, por fortuna, no vio nada ni se enteró de la tala. Se encontraba a treinta kilómetros, imperturbable con su labor, ignorando la guerra del 39, como había ignorado la del 14.

Había visto por última vez a Elzéard Bouffier en junio de 1945, tenía entonces ochenta y siete años (87). Y yo me había devuelto por el mismo camino desierto, de mi primer viaje. De regreso y a pesar del deterioro en que la guerra había dejado la región, había un colectivo que hacía la ruta entre el Valle del Durance y la montaña. Decidí tomar ese medio de transporte, relativamente rápido, porque los cambios en el paisaje eran tan grandes, que ni yo mismo estaba seguro de estar viendo los sitios por los que había pasado la última vez. El paisaje me era irreconocible. Tuve que asegurarme con el nombre de uno de los poblados para estar tranquilo de que sí me encontraba en la misma región. En ruinas y desolada, que había conocido cuarenta años atrás. El colectivo me dejó en Vergons.

En 1913 ese caserío de diez a doce casas tenía tres habitantes. Eran salvajes, se odiaban, vivían en eterno conflicto y saqueo, casi en el estado físico y moral de los hombres de la prehistoria. Las ortigas devoraban a su alrededor las casas abandonadas. La situación era de total desesperanza. No les quedaba más alternativa que esperar la muerte. Un terreno poco propicio para el optimismo y las buenas costumbres. Pero todo había cambiado. Incluso el aire mismo. En lugar de aquellas borrascas secas y brutales que me recibieron en otros tiempos, soplaba una suave brisa cargada de exquisitos olores. Un ruido parecido al del agua venía de las alturas: era el viento que ululaba entre las arboledas del bosque. Lo más asombroso era que se escuchaba el verdadero sonido del agua corriendo libremente. Habían construido una fuente que era abundante, y lo que más me emocionó fue que junto a esa fuente habían plantado un árbol de tilo, tenía por lo menos cuatro años y había crecido fuerte y sano, símbolo indiscutible de una resurrección. El árbol de tilo, aromático y medicinal, es un árbol de sombra, de hojas muy verdes, frutos amarillos y flores blancas preferidas por las abejas para fabricar su miel.

En Vergons había renacido la esperanza con los trabajos de reconstrucción y los oficios que se requieren para vivir en comunidad. Habían limpiado las ruinas, tumbado las paredes derruidas, y reconstruido cinco casas. El caserío tenía ahora veintiocho habitantes, ocho de ellos cuatro jóvenes parejas. Las nuevas casas, recién revocadas, estaban rodeadas por jardines, huertos, donde crecían hortalizas y verduras, legumbres y flores, coles y rosales, puerros y las flores boca de dragón; apios y anémonas. Ahora era un lugar amable que invitaba a vivir. Al dejar este poblado continué mi camino a pie.



*Cuando pienso que un solo hombre, con sus limitados recursos físicos y morales, fue suficiente para sembrar de verde un desierto, debemos admitir que, la condición humana es admirable.*

La guerra de la que apenas estábamos saliendo no nos había permitido disfrutar de la vida, pero ya estábamos en trance de recuperarnos y volver la mirada hacia la tierra. En las laderas de esas montañas se veían campos de cebada y de centeno en flor; a lo lejos, en los estrechos valles, algunas praderas reverdecían.

Pasaron sólo ocho años desde aquella época para que el país resplandeciera de bienestar y tranquilidad. Sobre las ruinas de aquel poblado que yo había visto en 1913 renacían prósperas granjas, que reflejaban calidad de vida. Los viejos manantiales, alimentados por agua de lluvia y nieve que retenían los bosques, volvieron a correr. El agua brotaba recuperando su ciclo natural; parte de ella se pudo canalizar. Al lado de cada granja, en los bosques de arces, el agua de las fuentes se desbordaba sobre tapetes de menta fresca. Los poblados se fueron reconstruyendo. Los campesinos que venían de las sabanas, donde la tierra se vendía cara, llegaron para quedarse, trayendo con ellos juventud y espíritu aventurero. Ahora se podía ver en los caminos hombres y mujeres saludables, muchachas y jóvenes alegres, que juntos habían hecho resurgir la algarabía de los pueblos y revivir sus fiestas. Y esa felicidad

colectiva se la debíamos a Elzéard Bouffier, que cambió una aldea deshabitada por una región trabajadora y optimista de diez mil personas.

Cuando pienso que un solo hombre, con sus limitados recursos físicos y morales, fue suficiente para sembrar de verde un desierto, debo admitir que, a pesar de todo, la condición humana es admirable. Y que es inevitable rendirle culto y admiración a ese humilde pastor que tuvo la fortaleza espiritual y la generosidad de alma suficientes para realizar una obra gigantesca que fuera digna de la bondad de Dios.

En 1947, en el asilo de Banon, murió Elzéard Bouffier, por voluntad de su creador, Jean Giono, cuando había cumplido 89 años y sembrado de verde un inmenso paisaje.

*En 1947, en el asilo de Banon, murió Elzéard Bouffier, por voluntad de su creador, Jean Giono, cuando había cumplido 89 años y sembrado de verde un inmenso paisaje.*





## JEAN GIONO MANOSQUE, FRANCIA, 1895 - 1970

Reconocido escritor francés del siglo xx, de ideas libertarias, amante de la naturaleza, los árboles, el agua y la tierra. Narró poéticamente la soledad del hombre, la relación de las gentes con su entorno, el respeto por la tierra y la esperanza en el mañana. Podría decirse que fue un hombre adelantado a su época, dando ejemplo a través de sus relatos de cómo cuidar el medio ambiente. Como humanista, defendió la vida en el campo y consecuente con su filosofía, nunca abandonó Manosque, su Municipio, de 5.000 habitantes. Obligado como soldado a participar en la Primera Guerra Mundial, fue reclutado en Verdún, en 1915, donde vivió los horrores de ese conflicto, cuyas experiencias relató en *El gran rebaño* (1931) y en el artículo “No puedo olvidar”. Con el libro *Objeción de conciencia* (1937) se declaró pacifista. Es encarcelado y condenado por desacato a la orden de movilización y legitimación de la guerra; años más tarde, aunque liberado de toda obligación militar, no pudo evitar que lo señalaran como “colaborador”, encabezando por mucho tiempo, la lista negra del Comité Nacional de Escritores. Disciplinado, estudioso y autodidacta, dejó una obra de más de quince novelas y algunas obras de teatro que le dieron un justo reconocimiento literario.

El *hombre que sembraba árboles*, que aparece ahora en Cuadernos Culturales, nos regala en lo más íntimo del relato, en el carácter del personaje de ficción, cuatro características difíciles de encontrar en una misma persona: la generosidad, el desinterés, la bondad y la felicidad, que hacen de Elzéard Bouffier un hombre excepcional. Aunque este relato ha sido considerado como una obra menor, José Saramago lo destaca al escribir lo siguiente en un prólogo del mismo libro: “Imagino que Jean Giono habrá plantado no pocos árboles durante su vida. Sólo quien cavó la tierra para acomodar una raíz o una esperanza, podría haber escrito la singularísima narrativa que es ‘El hombre que plantaba árboles’, una indiscutible obra maestra del arte de contar. Solo con una edad avanzada, como era la de Giono, es posible escribir con los colores de lo real físico una historia concebida en lo más secreto de la elaboración de ficción. El sembrador de árboles, Elzéard Bouffier, es simplemente un personaje construido con los dos ingredientes mágicos de la creación literaria, el papel y la tinta. En verdad, estamos esperando la aparición de un Elzéard Bouffier real, antes de que sea demasiado tarde”.

Varios de los textos de Giono han sido llevados al cine, entre ellos *El hombre que sembraba árboles*, ganador del Oscar al mejor cortometraje de animación canadiense en 1987, dirigido por Frédéric Back.

---

Editado por el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en el mes de octubre de 2015

Se compuso en caracteres Adobe Caslon de 12 puntos  
y se imprimió sobre Holmen Book Cream de 60 gramos  
Bogotá (Colombia)

*Post tenebras spero lucem*

